

## INICIACIÓN HISTÓRICA

(Documento manuscrito de 15 folios de la Biblioteca Sáenz Flores. En la transcripción, se respetó la ortografía)

Tranquilino Sáenz Rojas  
(ca. 1925)

### **El hogar -la escuela - costumbres y vida privada**

Hijo de padres de modesta posición social, crieme en un régimen de economía y trabajo, resultado de los esfuerzos que haría mi madre para lograr vestir y alimentar una familia numerosa con los escasos recursos que mi padre aportaba al hogar trabajando como escribiente de oficina o como mentor del Alcalde de la localidad. Cuando contrajo matrimonio, mi padre había sentado plaza de soldado en la Guerra Nacional contra el filibustero Walker, lo que determinó en él la vocación por la milicia que da honor y provecho cuando se es incondicional adepto del jefe de la nación, pero que inmola en aras de la venganza a los que prefieren sostener con su brazo las instituciones democráticas en peligro, cuando el jefe de Estado, olvidando que debe ser el primer servidor de la República, trata de enseñoriarse de sus destinos por la violencia. Tal ocurrió a mi padre, a raíz del golpe de cuartel del 27 de abril de 1870, que lo convirtió en proscrito y colocó a mi madre en la difícil situación de atender sola al sustento de toda una familia que, como ya dije era numerosa.

A pesar de tan penosa situación económica, la santa mujer trabajaba sin descanso en nuestra educación y por las noches, después de las sendas tareas del

hogar, me sentaba a su lado en un banquillo de la cocina y me relataba tradiciones que iban abriendo como por ensalmo, en la mente del niño, el mundo que se iba extendiendo poco a poco desde el hogar al lejano horizonte que lo veía yo esfumándose en un cielo oscuro tachonado de estrellas.

Los cuentos de mi buena madre referíanse a vidas de los santos, envueltos en pasajes maravillosos que me deslumbraban. Trazabame con rasgos encantadores la vida de Francisco de Asís, el humilde apóstol de los pobres, quien con su inagotable caridad humanizaba la creación entera. Ella tenía especial predilección por los escritos de Santa Teresa de Jesús, prosista cristiana que superior a su sexo levantó centros de vida monástica y llenó al mundo con sus obras beatíficas. Estas descripciones, ampliadas con detalles los mas conmovedores de la vida de Fabiola y de los mártires de Chateaubriand, desarrollaron en mi infancia el sentimiento religioso a tal punto que si hubiera vivido en la época de los Césares romanos posiblemente hubiera yo buscado voluntariamente el martirio. Pero como las persecuciones por causa de religión habían ya pasado, me di a pensar que el individuo ha nacido para el altar y que no hay otro destino digno del hombre que la carrera sacerdotal.

Esa tendencia al misticismo quedaba controlada por el ejemplo de mi padre que, como militar que era, me relataba en ratos de ocio incidentes de la Campaña Nacional, en los que el niño maravillado comprendía la posibilidad de sacrificarse en servicio de sus semejantes y de un modo mas conforme con la organización social actual.

Hasta ese momento el mundo para mi apenas se extendía un poquito más allá de la Ciudad de Heredia y el fin del hombre no debía ser otro que la vida contemplativa.

La primera vez que se presentó en mi casa un agente de policía para citarme a asistir a la escuela pública que se abría el 2 de enero, me creí un criminal a quien la Autoridad llama a dar buena cuenta de sus fechorías. Mi padre me llevó de la mano y me puso en poder del Director. Cuando se retiró dejándome abandonado a mi suerte, sentí como si el mundo se desplomaba sobre mi cabeza y hondos suspiros seguidos de amargas lágrimas sellaron mi primer paso al comenzar a vivir la vida en sociedad en otro centro que no era el hogar paterno. Cuando abrí los ojos y empecé a darme cuenta del lugar donde estaba, encontreme sentado entre otros muchachos mayores que yo, en unos bancos de madera adosados a una enorme mesa, provista de gavetas donde había papel, plumas, tinta reglas y lápices: todo un mercado de escribir. A la par de aquella mesa en que nos acomodábamos seis alumnos, había otras muchas como aquella, todas formando hileras y llenando el salón y alojando a un número de alumnos que no bajaba de ciento. El salón tenía en la cabecera una

tarima elevada medio metro del nivel del suelo; en ella había una mesa más pequeña con sendos asientos para el Director y sus tres ayudantes. Allí se echaban las muestras de la escritura que nosotros debíamos imitar en nuestros respectivos lugares. El papel, cuaderno en blanco, debía ser rayado por nosotros mismos, en espacios más o menos amplio, según el grado de adelanto alcanzado por el alumno. Nunca he tenido buena letra y lo atribuyo al pésimo método con se me dieron las primeras lecciones- Nadie me enseñó a empuñar el encalador; nadie me dio reglas para sentarme convenientemente. Provisto de la muestra respectiva que había recogido en la tribuna, volvía a mi asiento y emborronaba el papel como mejor podía, cuando o pagaba con tosteles o con promesas que no estaban a mi alcance cumplir, al más hábil de mis camaradas, que habían hecho su plana trazada velozmente la que a mi me correspondería.

A la escritura que nos ocupaba la primera hora de la mañana seguía la lectura. A la voz del pedagogo todos abríamos el texto, Catecismo Mago, por el folio señalado. El primer alumno de la banca debía leer en voz alta y de corrido sin pararse en pausas o cambios de acento motivados por el empleo de signos de puntuación. Es ocioso decir que se leía mecánicamente sin que ninguno de nosotros tratara de comprender el sentido de los leído. Mucho me dio que pensar un pasaje del catecismo que leído de corrido en preguntas y respuestas, decía, hablando de las condiciones para la salvación eterna: “Y podrá con Fe sola? Esta mujer me pensaba, debe ser peor que Jetzabel,

mujer de Acab: lo dice la contestación a tal pregunta: “No podrá salvarse sin caridad y buenas obras”. Cuando se adelantó algo en los métodos de enseñanza mejorando al profesorado, el Director nos dio nociones de Geografía e Historia, aprovechando tres mapas murales que vinieron a enriquecer a nuestra escuela; uno era el Mapamundi en planisferio, otro el Continente Oriental y el otro el Occidental. Estos mapas nos encantaron por la variedad de colores con que se representaban las diversas nacionalidades. A este detalle atribuyo la predilección que siempre he tenido por los mapas políticos. Cuando el Director nos inició acerca de la redondez de la tierra que habitamos, recibí esta noción sin asombro: ya la conocía redonda, la veía así de día en la esfera azul del cielo que nos rodea y de noche en la esfera oscura tachonada de estrellas. Las lecciones de Historia se circunscribían a la Sagrada y la exposición, destituida de mapas, hacia la relación para el niño completamente imaginaria, admitiendo sin discusión los prodigios de Moisés, operando como diestro protagonista para lograr sacar a los israelitas de Egipto y llevarlos al través del desierto, a la Tierra Prometida. Esta odisea despertaba en mi deseos de recorrer la Tierra, viviendo la vida nómada de los pueblos primitivos bajo la dirección de un jefe que contara con la protección divina.

#### **San José de Costa Rica – Centroamérica –Gobiernos Militares**

A la escasa edad de seis años tuve noticias de que más allá de Heredia había una ciudad mayor –San José donde vivía un pariente mío, el Presbítero

Ramón María González, Dean del Colegio de Canónigos del Obispo Anselmo Llorente y Lafuente, primer obispo de Costa Rica. El Canónigo nos visitaba con frecuencia y su llegar nos llenaba de regocijo por los donativos que nos traía. Acostumbraba informarse de mis progresos en la escuela y los premiaba con monedas de plata que mi madre empleaba en nuestra indumentaria. El Canónigo cayó enfermo de gravedad y mi madre hubo de trasladarse a San José a asistirlo en su último trance. Como yo quedara al cuidado de mis tías, me entró deseos de escaparme silenciosamente de mi casa e irme a pie a la capital. En mi tentativa me prometía llegar al lugar donde mi madre estaba, siguiendo la línea telegráfica que había oído decir que unía a Heredia con San José. Salí a las ocho de la mañana muy campante y cuando pasaba el puente de Pirro a la salida de Heredia, un tío mío que venía a pie de la capital, me encontró casualmente, me preguntó que a donde iba y dándose cuenta de lo aventurado de aquella mi primera tentativa de fuga, me cogió de un brazo y por fuerza me condujo a mi casa. No fue sino pocos años más tarde que otro de mis tíos me obsequió un potrillo, me hizo montarlo y me llevó a San José donde entré por vez primera, jinete de mi jaco y abriendo tamaños ojos a la vista de construcciones y edificios que se me presentaban como creación de genios. En el trayecto a San José, me sorprendió ver dos enormes rocas de arena que se elevaban gigantescas al lado de la carretera donde empieza la cuesta del Virilla; rocas que están al desaparecer atacadas por la industria humana en su afán de macadamizar los caminos de la

República. Mi conocimiento de la capital limitose entonces al mercado. Era sábado y la feria se hacía entonces en el parque Central. Allí, luego de desayunarme con tamales y café, fui a asear mi boca y manos en la fuente central donde gocé de la vista de los pejecillos que allí nadaban y luego fui a comprar para traer a mis hermanitos como recuerdo de mi primer viaje, unas figurillas de azúcar que allí se vendían. Elegí un Cristo, color de sangre, lo envolví en unos papeles y regresé a mi casa, orgulloso de aquel paseo que agrandaba mis conocimientos geográficos del país. Mis hermanos me esperaban ansiosos por conocer mi aventura y yo saqué con todo cuidado el Cristo de azúcar; lo coloqué en la sala como un adorno de gran veneración y entré al comedor donde me esperaba la sopa casera, calientita como la necesitaba después del desayuno de tamales de aquella mañana. Cuando hube comido me levanté de la mesa para darle otra ojeada al Cristo de azúcar y ¡oh decepción! El Cristo no estaba donde lo puse; alarmé a toda la familia por la desaparición de aquella reliquia venerada y luego de mucho buscarla, me encontré a mi hermanito menor que habiendo probado el Cristo y seguro que era de azúcar, lo había decapitado y se estaba acabando de comer la cabeza.

Mi padre, militar retirado en ese entonces, se ocupaba en el comercio de ropa de lana que se importaba de Guatemala en rollos cilíndricos llamados “gergas”. Le prestaba un crédito en este negocio don Braulio Morales, comerciante herediano. La administración de don Jesús Jiménez tocaba a su término. Don Braulio, amigo

íntimo del Dr. Castro, encabezó el partido de descontentos en nuestra localidad y arrastró a mi padre en la empresa de adueñarse de las armas de la plaza de Heredia para secundar el golpe que en la Capital darían don Tomás Guardia y don Buenaventura Carazo. El plan estayó el 27 de abril de 1870 y el Cuartel de Heredia cayó en poder de los revolucionarios al sonar el estampido del cañón que les anunció haberse dado el golpe en la Capital a las 8 de la mañana de ese día. Era miércoles, día de mercado en Heredia y este se hacía en la plaza pública, hoy Parque Central.

La sorpresa del golpe de armas produjo la consiguiente alarma entre los que hacían su comercio. El Alcaide de la Cárcel, Miguel Flores “alias Teja” recorrió la plaza al son de tambores y cornetas, enrolando soldados para reforzar el Cuartel caso de que los revolucionarios encontraran oposición de los amigos del gobierno caído que eran a la sazón muchos. Esto puso a la población en verdadera alarma. Recuerdo haber visto a arrieros que traían carretadas de leña a vender, como hurgaban furiosamente con su chuzo a los tardos bueyes para que emprendieran carrera arrastrando sus pesadas cargas. Las vendedoras de panes y dulces que acostumbraban sentarse en los cordones de la acera alrededor de la plaza presentando su mercadería a la vista en enormes canastos, agarrar estos por sus bordes y emprender carrera vertiginosa derramando sus provisiones por el suelo sin tratar de recogerlas según era el pánico que las embargaba. Yo mismo, niño de escasos ocho años, asustado como los mayores, encerreme en una troja con otros muchachos de la

vecindad y desde allí escuchábamos el ruido de la gente que huía y el sonar de cornetas o tambores y de la banda militar que tocaba a generala.

Aquel día el jefe revolucionario se adueñó del poder, estableciendo un gobierno militar que duró hasta su muerte. Hubo, es cierto, durante un período de catorce años, simulacros de constitucionalidad en los que figuraron como jefes de estado don Aniceto Esquivel, don Vicente Herrera y don Salvador Lara, pero eran hechuras suyas a las que despojaba del poder en cuanto sospechaba que se le iba de la mano.

En los comienzos de su gobierno el General Guardia estuvo en buenas relaciones con el General Justo Rufino Barrios quien con el General García Granados había llevado a cabo una revolución liberal del año 70 en Guatemala. Esta amistad se enfrió cuando Barrios empezó a trabajar por su ideal, la Unión Centroamericana. Los dos jefes más prestigiados en el istmo, Barrios en Guatemala y Guardia en Costa Rica, se disputaban la amistad de los otros gobiernos centroamericanos. Los periódicos de ambas repúblicas publicaban artículos de política local que despertaban en los lectores, deseos no satisfechos, de conocer la historia de las naciones de nuestro istmo. Frescos estaban los laureles alcanzados por Costa Rica en la Campaña Nacional, donde nuestra patria había alcanzado lugar distinguido al intervenir con sus armas en los asuntos de la Vía del Tránsito y el Tratado Cañas Jeréz la hacía partícipe en un posible tratado de canalización del istmo por el río San Juan y el lago de Nicaragua.

El General Guardia había emprendido la magna obra del Ferrocarril Interoceánico como complemento del establecimiento del telégrafo eléctrico y de los programas de instrucción pública que habían llevado a feliz término las administraciones anteriores. Todos estos adelantos exitaban en la juventud de entonces legítimos deseos de instruirse, de conocer la Geografía e Historia del istmo y de vivir una vida más en armonía con el progreso de la época; pero había inopia de autores que nos enseñaran los que necesitábamos saber. La Instrucción Pública, apenas iniciaba, no había recibido el poderoso impulso que le imprimió más tarde don Mauro Fernández, las escasas nociones de Historia patria corrían dispersas en bosquejos como el de don Felipe Molina y en monografías y publicaciones de difícil compilación. En este estado (de) la enseñanza, ingresé en 1875 en el Colegio San Agustín, que patrocinado por el Jefe de Estado don Vicente Herrera abriase en Heredia bajo la dirección del Presbítero José Rodríguez Pérez, que pensaba seguir en Heredia los pasos de los hermanos Ferráz que dirigían con acierto el Colegio de San Luís Gonzaga en Cartago. En esta humilde fuente empecé a saciar mi afán de estudio, animado por el Rector del Colegio don Fermín Meza, cuyo recuerdo de grata memoria, lo conservamos como dechado de generosidad los que tuvimos la fortuna de llamarnos los primeros alumnos del Colegio San Agustín de Heredia.

---

**Centroamérica – Batalla de Rivas – San Salvador – El Mariscal González**

Mis conocimientos sobre Centroamérica empecé a adquirirlos en las descripciones que del istmo me hacía mi padre, que como he dicho, fue soldado en la Guerra Nacional. Tenía mi padre diez y ocho años cuando Mora declaró filibustero a Walker y llamó a otros gobiernos de Centro América a un acción conjunta para salvar las naciones del istmo del inminente riesgo que corrían de caer en las garras del partido esclavista de los Estados Unidos del Sur – que contaban a Walker como el jefe de acción en sus nefastos propósitos. Cuando Mora pidió el concurso del ejército para la defensa nacional, Heredia alistó el contingente de tropas que le correspondía enviar a la Campaña y en él fue enlistado como voluntario mi padre, joven inexperto y ganoso de aventura. Salió pues, con la Compañía herediana, sin que de tal resolución se apercibiera el Canónigo Ramón María González, quien como amigo del Presidente Mora, podía obtener de éste el licenciamiento inmediato del voluntario. Cuando el Canónigo quiso estorbar su marcha, ya el voluntario se había embarcado en Puntarenas, seguido el camino de las tropas que invadían a Nicaragua y en el Sapóa cuando los costarricenses al mando del mismo Presidente don Juanito cruzaban la frontera, conoció Mora a aquel voluntario como próximo pariente del Canónigo González y lo ascendió a subteniente con cuyo grado tomó parte en el combate de Rivas el 11 de abril de 1856, donde actuó como elemento importante entre el grupo de valientes

que defendieron el parque, lugar donde empezó el tiroteo, por haber sido el sitio que atacó el cubano Machado, uno de los cuatro jefes de compañía con que Walker pretendió sorprender en su cuartel de Rivas al ejército costarricense, coparlo allí y hacer prisionero al mismo Presidente Mora y su Estado Mayor.

Mi padre, después de ese hecho de armas, regresó con las tropas que azotadas por el cólera volvían de Nicaragua. Las penalidades de aquella jornada fueron tales que los que regresaban diezmados por la guerra y la peste, consideraban milagrosa su salvación. A la noticia del arribo de la tropa las familias de los expedicionarios volaban a su encuentro, deseosos de ser los primeros en darles la bienvenida; pero aquella tropa de soldados mudos, descamisados, andrajosos, cubiertos de polvo y fatigados, no parecieron conocer a los que se les acercaban, las palabras cariñosas que se les dirigían quedaban sin respuesta; el mismo Gobernador don Rafael Moya quería estrechar la mano de sus amigos y no era atendido. La tropa desfiló silenciosa; algunos curiosos afirmaban: “¡Es que vienen mudos; ese Walker les ha cortado a todos la lengua; muera Walker!”. Sin detenerse, la tropa rompe el grupo de curioso, pasa sin entrar frente al Cuartel de Armas y penetra en el templo al toque del tambor; todos se arrodillaron ante el crucifijo sagrado, entonaron el padre Nuestro y luego, fuera ya del lugar sagrado, dan rienda suelta al sentimiento hasta entonces comprimido, estrechan en sus brazos a los seres queridos que vuelven a ver y refieren con lágrimas ardientes, como en los mayores peligros han hecho voto de sobreponerse a todo sentimiento

de cariño mientras no hayan dado gracias al Altísimo por haberles conducido salvos a su hogar.

Vuelto al país, mi padre contrajo matrimonio y se dedicó a hacer frente a las necesidades de la vida, como secretario de don Rafael Moya con quien trabajó hasta la muerte de este gobernador, ocurrida en 1860 a consecuencia de una aneurisma. Volvió a servir en la milicia cuando la invasión de Mora y más tarde en el gobierno provisional de don Bruno Carranza y cuando el General Guardia estableció en su provecho la dictadura militar, mi padre se retiró del servicio y desde entonces Guardia lo tuvo como a uno de sus más peligrosos enemigos políticos. Desterrado en esa administración, buscó refugio en El Salvador, nación a la que miraba mi familia como una segunda patria. Mi mamá era salvadoreña de nacimiento y hacía con frecuencia recuerdos de Santa Ana, del volcán de Izalco y de la calle de Mejicanos donde vivió sus primeros años. Tales recuerdos influenciaron en el ánimo de mi padre para dirigirse allá a pasar el ostracismo. Los desterrados que con él iban fueron acogidos con simpatía por el Mariscal González, gobernante a la sazón de El Salvador y las cartas del proscrito que mi madre recibía eran leídas en familia, todos agrupados alrededor del Administrador de Correos don Juan Vicente Gutiérrez, quien la recibir la correspondencia de mi padre se la echaba en el bolsillo e iba personalmente a comentar en familia las aventuras que la carta relataba. Así iba adquiriendo algunos conocimientos sobre aquella República hermana y aprendí a apreciarla como cuna de mi madre y

asilo hospitalario de los proscritos costarricenses.

### **Europa-Viaje a Roma- Garibaldi-Víctor Manuel-Pío IX- Napoleón III**

Mis primeras noticias referentes a Europa, circunscritas a la capital del Mundo Católico, las obtuve por un viaje a Roma que efectuó el Canónigo Ramón González en una época en que, era rarísimo que alguien en Heredia se arriesgara a cruzar el Océano. Deseoso el Canónigo de alcanzar algunas indulgencias de su Santidad Pío IX, emprendió ese viaje que debía durar largos seis meses y para efectuarlo hizo testamento, dejando arreglados sus asuntos como si se embarcara para la eternidad. A su regreso, escuchando sus amenas descripciones se nos hicieron familiares los nombres de las principales capitales europeas: Londres, París, Madrid, Roma. Supimos que en esos centros del movimiento mundial se viajaba en ferrocarriles en muy breve tiempo y cómodamente instalados; que cada una de esas capitales encerraba una población veinte veces mayor que la de San José de Costa Rica; que los edificios eran asombrosos, especialmente los palacios de los Soberanos; que la Iglesia de San Pedro en Roma era el más grandioso templo del mundo cristiano; que Pío IX que ocupaba el Vaticano sostenía una Guardia Suiza para su defensa y que en aquellos momentos se estaba combatiendo por la Unidad Italiana, siendo los corifeos de esta magna empresa Víctor Manuel, Garibaldi y Cavour, con la intervención del emperador Napoleón 3°.

El viaje del Canónigo a Roma me favoreció particularmente en cuanto a la extensión de mis limitados conocimientos de Historia y Geografía. Mi pariente trajo una obra que me inició en lo que es este globo que habitamos: “El Viaje Alrededor del Mundo por Mr. Arago”. Esta obra escrita en estilo ameno me reveló la forma de la Tierra – que ya conocía redonda; pero pensaba que su redondez, era, como ya lo he dicho, en el espacio azul que se extiende sobre nuestras cabezas, siendo una esfera cristalina y ocupando nosotros la parte baja dentro de esa esfera. El verdadero concepto de la redondez del globo terráqueo, en el que nosotros ocupamos su superficie en cualquier posición que tome durante una rotación completa, no la adquirí sino cuando siendo estudiante del Colegio San Agustín en Heredia, el profesor don Pedro Ulloa Matame dio lecciones de física y aprendí a referir la caída de los cuerpos a la ley de gravitación. En la obra de Arago vi desarrollarse como en un inmenso plano el gran Océano, poblado de islas en la Australacia y Malacia, la periodicidad de los vientos monzones, la importancia de la línea ecuatorial, la vida ingrata de los esclavos en las colonias Americanas, la vida y costumbres de los Panlistas, la existencia salvaje de esa mitad del género humano que puebla las islas del Mar Indico y el Gran Océano desde la Colonia del Cabo, Australia y Nueva Zelandia hasta las costas occidentales de América.

Con tal acopio de estimulantes históricos y geográficos ingresé en el Colegio de San Agustín a estudiar metódicamente Gramática Castellana y Latina, Matemáticas, Ciencias Naturales,

Geografía, Historia, Física y Filosofía. Graduado Bachiller en Artes en 1878, dediqueme a enseñar Historia Universal y en esos ejercicios me di cuenta de la necesidad de editar un Compendio de la asignatura que pudiera servir de guía a los maestros Normales y esta es la razón de que ofrezca al público este Compendio, sin mas pretensión que la de esbozar las lecciones de esa asignatura que el maestro Normal puede ampliar en otras obras más completas.

(fin de 15 folios)